

Para persuadir debemos precisamente hablar á la imaginacion, lo cual se consigue, pintando los objetos con los colores más vivos, y tocando las diversas fibras del corazon para que, herido éste, las pasiones y sentimientos que broten de él conmuevan fuertemente nuestra alma, y la voluntad en este caso no pueda ménos de resolverse á obrar.

Prévias estas indicaciones, entremos ya á tratar del asunto que nos proponemos, principiando con una breve reseña histórica de la elocuencia desde su origen hasta nuestros dias, y concluyendo con algunas ligeras reflexiones sobre su importancia y diferencia entre la antigua y moderna.

La elocuencia natural, esa elocuencia, hija de la pasion y del sentimiento, existió siempre con el hombre; pero la elocuencia que nos ocupa, formada por las reglas de la oratoria y sometida además á los preceptos de la sana crítica, tuvo su origen, segun el comun sentir, en el gobierno federativo de los estados griegos.

Ni en los primeros imperios asiáticos, ni en el pueblo egipcio brilló jamás la esplendente y luminosa antorcha de la elocuencia, porque la ley suprema y fundamento del estado no era otra sinó la voluntad justa ó injusta del monarca, condicion exclusiva de todo gobierno despótico; y bien sabido es que en los pueblos así regidos no es posible exámen ni discusion alguna, sinó triste acatamiento, ciega sumision, estricta obediencia y de aquí la ignorancia y la barbarie; es decir el mayor grado de abyeccion á que puede llegar el hombre, imágen de Dios.

En virtud de ciertos acontecimientos políticos y sociales, las pequeñas monarquias fundadas en Grecia por las colonias asiáticas y africanas que en ella se establecieron vinieron á convertirse en otras tantas repúblicas libres, pero confederadas. Entonces ya todos los asuntos de general interes eran examinados y discutidos en las asambleas populares; pues con arreglo á la nueva constitucion, todo ciudadano tenia voz y voto en aquellas solemnes reuniones. En un principio los discursos eran sencillos, desprovistos de todo ornamento retórico, y por lo tanto no llenaban los fines que la elocuencia se propone que, como ántes hemos dicho, son convencer y persuadir; conseguian lo primero, pero los oradores no realizaban sus propósitos, porque no practicaban lo segundo: condicion indispensable para hablar y obtener el fallo de un pueblo numeroso, apasionado y ávido de reformas. Así lo conoció, entre todas, la república de Atenas, y por eso fué la que más cultivó la elocuencia, fundando al efecto varias escuelas, á donde acudian para estudiarla, no solamente los naturales del país, sinó tambien un gran número de extranjeros: estas academias llegaron á adquirir una celebridad sin límites, y la oratoria se estudiaba en ellas con un afan indecible, porque la creian inspirada por los dioses, y como el medio más breve y eficaz para obte-